

LEIDA FERNÁNDEZ PRIETO y MARIAL IGLESIAS UTSET (eds.), *África en Cuba. Legados de la diáspora*, Madrid, Doce Calles, 2024, 350 pp. ISBN 978-849-744-465-1

En 1954, la escritora y etnóloga cubana Lydia Cabrera iniciaba su tratado *El Monte*, que profesoral y humildemente titulaba “Notas sobre las religiones, la magia, las supersticiones y el folklore de los negros criollos y el pueblo de Cuba”, con estas palabras: “persiste en el negro cubano, con tenacidad asombrosa, la creencia en la espiritualidad del monte. En los montes y malezas de Cuba habitan, como en las selvas de África, las mismas divinidades ancestrales, los espíritus poderosos que todavía hoy, igual que en los días de la trata, más teme y venera, y de cuya hostilidad o benevolencia siguen dependiendo sus éxitos o sus fracasos”.

Vale la pena recordar aquel brillante inicio de Cabrera, ahora que se publica este libro, editado por Leida Fernández Prieto y Marial Iglesias Utset y publicado por la editorial Doce Calles en Madrid. El título del volumen, *África en Cuba*, parece aludir a una operación imposible, ya que el inmenso continente no cabe en la pequeña isla del Caribe. El subtítulo, “Legados de la diáspora”, tampoco deja de ser hiperbólico, dado que, como asientan las propias editoras del volumen, esa herencia, la de los africanos en Cuba, sería más bien inconmensurable.

El libro, sin embargo, habla de un legado tangible y preciso de cerca de un millón de esclavos africanos que, en cuatro largos siglos coloniales, fueron trasplantados a suelo cubano. Hay algo de injerto vegetal en aquel trasplante cruel y sanguinario. No por gusto, como recordaba Cabrera, los negros descendientes de aquellos esclavos se iban a la manigua, al corazón del monte, a encontrarse con las mismas deidades o demonios, las yerbas y los árboles de sus antepasados en el continente africano.

Lo que cuenta este libro, a tono con el giro material de la historiografía y las ciencias sociales latinoamericanas, de que ha hablado el historiador argentino Ezequiel Andrés Saferstein, es la historia de plantas, genes, saberes y prácticas agrarias y ganaderas, hábitos alimenticios y

conocimientos naturales que llegaron a Cuba junto con los cuerpos y las mentes de los esclavos. La historia de la transformación biológica, demográfica y ambiental de la isla bajo el efecto del traslado forzoso de cientos de miles de personas de África hasta 1866, por lo menos, cuando se identifica la llegada del último barco esclavista.

Los capítulos del libro podrían agruparse, analítica y temáticamente, en cuatro zonas epistemológicas: la de aquellos que se ocupan del viaje transatlántico de los recursos naturales desde África, como los estudios de Ramón Morales Valverde sobre vegetales africanos o de Reinaldo Funes Monzote sobre los pastos ganaderos, o la de los que exploran prácticas cotidianas de los afrodescendientes como Judith Carney sobre alimentación y cocina, Andrew Sluyter y Chris Duvall sobre la quema de pastizales en la ganadería u Oilda Hevia Lanier sobre el uso de plantas abortivas y venenosas entre las mujeres negras en el siglo XIX.

Luego habría un tercer grupo de estudios, que se ocuparía de la diáspora de los saberes africanos en Cuba: la influencia en la etnobotánica, estudiada por Miguel Esquivel Pérez, Víctor Fuentes Fiallot, Julio Ismael Martínez Betancourt y Karl Hammer o la significación de las plantas en las religiones afrocubanas, tema del que también se ocupa Martínez Betancourt. Finalmente habría un cuarto enfoque o zona de investigación, la más numerosa, que es aquella que vuelve sobre los temas de la trata y la esclavitud, en la Cuba decimonónica, desde el conocimiento histórico, demográfico, médico y genético contemporáneo.

En este cuarto flanco del libro se inscribirían los ensayos de Leida Fernández Prieto sobre la trata y la esclavitud en la ciencia colonial; de Miguel Ángel Puig-Samper y Armando García González sobre las representaciones clínicas de las “patologías negras” en la medicina francesa; de Enrique Baldarraín Chaple sobre el origen africano de la fiebre amarilla y su impacto sobre la comunidad afrodescendiente; de Jorge-Felipe González y Marial Iglesias sobre las nuevas estimaciones demográficas de aquella migración forzosa, que calculan en 983 000 africanos entre 1526 y 1866, 88% a partir de 1790, con el apogeo de la segunda esclavitud, de José Antonio Piqueras sobre la caída de la población negra en Cuba, a finales del siglo XIX, como consecuencia de los rigores de la esclavitud y la poca presencia de mujeres afrodescendientes, y,

finalmente, de Beatriz Marcheco-Teruel sobre las nuevas investigaciones sobre el ADN de los cubanos, a partir de los informes más recientes del Centro Nacional de Genética Médica de Cuba.

Como puede constatarse a simple vista, la mayor parte del volumen está concentrada en los tres primeros enfoques, que serían los más directamente implicados en el repertorio vital de las comunidades afrodescendientes. Esto indicaría que el avance del conocimiento sobre la experiencia de la esclavitud en Cuba se está produciendo por la vía de un saber especializado, bien atento a las prácticas y los imaginarios de aquellas comunidades.

Algunos estudios, como el de Judith Carney, sobre cereales, semillas, tubérculos, legumbres y frutos africanos en los cultivos que acompañaban la plantación azucarera y los modos alimenticios de los esclavos, permitirían cuestionar el carácter europeo o español que la vieja historiografía y la vieja ensayística, tipo Fernando Ortiz o Roland T. Ely, atribuían a la economía del azúcar. Por su parte, las investigaciones de Esquivel Pérez, Fuentes Fiallo, Martínez Betancourt, Karl Hammer, Morales Valverde, Sluyter, Duvall y Funes, sobre la agricultura de los huertos o conucos, la introducción de vegetales africanos, las continuidades en la botánica y la ganadería, arrojan luz sobre una dimensión de la historia económica y social cubana que rebasaba o sustentaba la gran estructura de la plantación azucarera, estudiada por Manuel Moreno Fragnals y Oscar Zanetti.

Los capítulos finales, de González e Iglesias, por un lado, y de Piqueras y Marcheco-Teruel, por el otro, encaran una contradicción que aún requiere respuestas más desglosadas. ¿Cómo es posible que, después de la llegada de ese millón de esclavos en 400 años, de la existencia de más de 400 000 en 1867, apenas diez años después de abolida la esclavitud, por el Real Decreto de María Cristina de Austria, en 1886, el censo de 1899 reportase sólo 32% de población negra y mulata, frente a casi 70% de blancos. La explicación histórica que ofrece Piqueras sobre la catástrofe demográfica de la población negra, a fines del siglo XIX, es de la mayor relevancia para entender los resultados del estudio del genoma cubano de Marcheco-Teruel, en el que sólo registra 20% de genes africanos en el ADN actual de la isla.

Pero el estudio de Marcheco-Teruel concluye también “que hay huellas del África subsahariana en el ADN de todos los individuos”

analizados en la muestra que realizó el Centro Nacional de Genética Médica. Lo que representaría una constatación empírica del legado vivo del continente africano en el Caribe del siglo xxi. La conclusión nos devuelve, otra vez, a las páginas de Lydia Cabrera, quien en uno de sus *Cuentos negros* (1940) narró la historia de la “prodigiosa gallina de Guinea”.

En su “Introducción”, Leida Fernández Prieto alude al hábito de localizar en Guinea el origen de viandas, frutas, aceites y especias de Cuba, como el corajo, la pimienta, la calabaza, el quimbombó, la aleluya roja o el plátano. La “prodigiosa gallina de Guinea” de Lydia Cabrera es un personaje inspirado en esa ave, muy utilizada para cocinar caldos y sopas, y que en Colombia se utiliza también en el ajiaco colombiano.

La gallina de Guinea supuestamente fue introducida en las Antillas francesas por los traficantes de esclavos, entre los siglos xvii y xviii, pero Lydia Cabrera da a su personaje una connotación transhistórica. La gallina de Guinea era prodigiosa porque había estado desde siempre en la isla de Cuba. Estaba ahí cuando llegó Cristóbal Colón y cuando llegó el rey de España, con sus “curas, sus verdugos y su mármol blanco”. Siempre estuvo ahí la gallina de Guinea, que hacía bailar y cantar a condes, duques y marqueses, al obispo de La Habana y a los miembros del Ejército, la Marina, el cuerpo legislativo y la Sociedad Económica de Amigos del País.

En un momento del cuento, es tal la celebridad de la prodigiosa gallina de Guinea que es coronada, por el rey de España, como virreina de las “Antillas verdes y dulces”. Aquella delirante ficción de Cabrera, basada en los relatos de los negros cubanos de principios del siglo xx, antiguos esclavos que morían solos y sin descendencia, pero llenos de historias fabulosas, capta muy bien el poderoso mensaje de este libro, que, una vez más, argumenta el rol constitutivo de África en América Latina y el Caribe.

Rafael Rojas
El Colegio de México